

IV

UN ESCRITO POLITICO DE 1714

Desde 1680 hasta 1730, aproximadamente, corre en España un período de medio siglo que con frase certera se ha podido calificar de gran bache intelectual. La primera mitad del siglo XVII vió florecer una espléndida cosecha de escritores políticos españoles. Cánovas del Castillo advertía la profunda sima que se nota al mediar el siglo XVII en lo que a tratadistas de Política se refiere. A medida que avanza la centuria los escritores son menos, y sus obras de peor calidad. Al fin, son sustituidos por una fauna pavorosa de libelistas.

Los primeros años del siglo XVIII llevan el mismo sello del período anterior. El anquilosamiento espiritual de la Patria, tras la derrota militar y el agotamiento físico, continúa con los episodios de la Guerra de Sucesión, que en gran parte fué una guerra civil. Falta todavía algún tiempo—el primer tomo del *Teatro Crítico* no se publica hasta 1726— para que aparezca la primera generación importante del siglo XVIII, que podrían representar Feijóo en la esfera intelectual y Patiño en la política.

Años turbios en la vida espiritual de España, éstos de los comienzos de la décimotava centuria. Se inicia una nueva dinastía y una tónica política nueva, y apenas dejan rastro en el mundo de las letras. Todo es mediocre en esos momentos: la política nueva que se ensaya y los reflejos que nos quedan de ella a través de los críticos de entonces. Durante la Guerra de Sucesión hay en España, es cierto, una extraordinaria literatura panfletaria, y la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional guarda de ello testimonios elocuentes. Bien merecería la pena que se recogiese en un estudio monográfico toda esta producción de escritos anónimos, que nos proporcionaría un aspecto interesante de la crisis de 1700 a 1714, manifestada en la literatura popular de la época. Pero todos estos panfletos y libelos no corresponden a un movimiento intelectual a tono con los sucesos. El tratado de Utrecht no deja en España una huella literaria como

las que dejó en Francia y, sobre todo, en Inglaterra. Por no molestarse en escribir ellos por su cuenta sobre este asunto, los españoles se limitaron a traducir algunos de los comentarios aparecidos en el extranjero.

Pero hay un documento, fechado en 1714, que, en medio de la general pobreza, es digno de que le consagremos alguna atención. Se titula *Respuesta de un amigo a otro que le pregunta por el fin que vendrán a tener nuestros males en España*. Lleva la fecha de 1714 y puede decirse que es el escrito político de más altura que se produce por entonces.

Recoge en sus breves páginas, ante todo, un sentimiento de angustia, que probablemente estaba muy extendido entre los españoles más cultos de aquellos días. España venía padeciendo desde mediados del siglo anterior una caída incesante en todos los órdenes. Si para algunos pudo representar una esperanza, por un instante, el advenimiento de una nueva Dinastía, pronto esa esperanza tenía que estrellarse ante el hecho doloroso y fatal de una larga guerra y, para mayor desgracia, de una guerra civil. ¿Cómo no sentir con angustia la situación de aquella España? Hay en el escrito una profesión de devoción monárquica y una declaración de filipismo. No es, por tanto, un descorazonado «austriaco» a quien aflige, sobre todo, la derrota de su partido, sino un español del grupo de los vencedores, a quien la victoria en la contienda civil no le reporta ninguna alegría, pues, aunque en ella descubre la Justicia de Dios, no divisa, en cambio, ningún horizonte rosado en la lejanía.

Junto a la angustia que domina en todo el escrito, y junto al pesimismo consiguiente, una profesión de Fe en lo único que permanece inmovible en medio de los terremotos del mundo: en Dios. La fe en Dios, en cuyas manos están, a fin de cuentas, los destinos de España, es el único consuelo que alienta en las almas desgarradas por la desgracia abrumadora. «... En las dolencias de los cetros sólo el Autor Divino es diestro físico, quien, pulsando providente, aun para su curación permite a veces que se alargue la misma enfermedad. Y así, católicamente hablando, debo decirte: no alcanzo esté en otras manos que en las de Dios únicamente nuestro remedio, pues la crisis total no ofrece otra esperanza que la que nuestra fe tiene ya vinculada a su clemencia.» Hay una total desesperanza de los remedios humanos. ¿Es que son incapaces de reaccionar aquellos españoles, dominados ahora por una Dinastía extranjera, gobernados por una legión de políticos forasteros? Este estado de ánimo de total desesperanza es el que nos explica muy bien que los españoles de entonces se resignaran a ser gobernados como una colonia. ¿Para qué empeñarse en nada, si no hay remedios humanos? Es esta una postura la-

mentable y demasiado cómica. Una postura derrotista. Pero hemos de ser comprensivos con aquellos antepasados nuestros, coetáneos de los años más tristes —por la herencia recibida, no por sus propias malas acciones— que se recuerdan en la vida de nuestra Patria. Establece el escritor anónimo cuatro fundamentos sobre los que se asienta la vida del Estado. «Cuatro son los baluartes en que vinculan su duración los imperios: Religión, Estado, Milicia y Gobierno, de los cuales, como de elementos admirables, se forma el monárquico cuerpo, atemperados con tal coordinación que, contenido cada uno en su término, no deje descuadernarse el otro, pues la decadencia en alguno es premisa cierta de la ruina de todos.» ¿Cómo ve el Estado de España en 1714 en relación a esos cuatro baluartes? He aquí sus palabras: «No falta, no, la integridad de la Religión, aunque notablemente en general desazonan las romanas desavenencias, y no poco inquieta la intentada novedad de doctrinas, debiendo creerse cele vigilante el Tribunal Santo en este asunto y en espiar la multitud de sierpes heréticas que disimuladas comercian con nosotros. Padecemos una absoluta enajenación y olvido de nuestras reglas de Estado, gobernándose sus materias por el ajeno, con que precisamente será el único blanco el útil suyo, sin reparar en el daño nuestro, pues mal puede mantenerse un cetro, donde está público para el ajeno lo que aun es delito se propale al más propio. Trastornado el gobierno económico, sólo ofrece confusión al discurso, y en el todo y sus partes, con tal insubsistencia en los decretos, que aun antes se derogan que se establecen. Y lo más doloroso es el aumento de extraños tributos, el estrago en las costumbres, las vanas introducciones, junto con estar las llaves del Reino y sus bastones en forasteras manos, infiriéndose de estos despeños la precisa desatendida consecuencia de hallarse por ellos la Nobleza oprimida y despreciada, la medianía desatendida y el común irritado.» Y todo esto en medio de una guerra civil que continúa y de las asechanzas de los enemigos exteriores que esperan hundirnos más todavía.

Sólo Dios puede poner fin a nuestros males. Ese es el tono de todo el discurso. Pero en los párrafos finales apunta una cierta especie de esperanza. Una esperanza desesperada, pudiéramos decir, que en nada anula el pesimismo de todo el escrito. Se trata de una nueva manifestación del mesianismo, tan frecuente en España desde las horas infortunadas del siglo XVII: la esperanza en un «salvador» de la Patria que con su sola presencia pondrá fin a las desgracias. No son capaces, aquellos españoles desmoronados espiritualmente, de pensar en planes más tangibles y realizables para reconstruir España. No saben adoptar una postura crítica, acer-

tada o no, y poner en marcha las medidas prácticas derivadas de esa actitud crítica. Y su absoluto pesimismo no les deja más que un resquicio para soñar con fantásticos *salvadores* del país, que lo arreglarán con un poder taumáturgico o con un arte de magia. Este escritor de 1714 piensa en el mesías de España, y predice que será Luis I, tierno retoño entonces. ¿Por qué ha de serlo? ¿Tiene algún fundamento su esperanza? Ninguno. Se trata de una «corazonada». «Yo, para nuestro alivio —dice— apelo confiado —y de no sé qué secreta inspiración movido— a la vida de aquel primer destello de la flor saboyana...» Este mesianismo inconsciente no era el mejor camino, por cierto, para dar fin a los males de la Patria.

Pero en lo que interesa detenerse un instante es en la interpretación que el autor da de la decadencia española. «Muchas gallardas plumas han fatigado las prensas, evidenciando la raíz de tantos males: pues unas asientan serlo la unión del Austria y con ella la de los Países Bajos, sepulcro de españoles y sima de sus tesoros; pero no es sino una parte y sus efectos hubieran sido menos sensibles cediéndose aquellos dominios con reserva de su soberanía para valerse de ella y su militar escuela, cuando la máxima de la diversión lo pidiese. Otras prueban serlo las americanas conquistas, que nos extrajeron los hijos y nos enervaron los brazos al fomento de sus riquezas y al halago del ocio; pero tampoco es más que otra parte, que hubiera obrado lenta prescribiéndose justas limitaciones y práctica rigurosa de leyes para conservar la multitud de indios y contener nuestros naturales. Otras casi identifican nos desquició absolutamente la expulsión de moriscos, faltándonos en ellos cultura a los campos, impulso a las armas y vecinos al Reino; pero asimismo la considero sola otra parte, que se pudo desvanecer con las providencias del reemplazo en tantos dominios como la Corona poseía fecundos de gentes.» Dice —y dice muy bien— que un fenómeno como el proceso de abatimiento que padece España no puede estar circunscrito a un solo motivo concreto, que no se trata únicamente de un agotamiento económico, que hay una razón de más fondo. Hay una decadencia espiritual, algo que corroe la entraña misma de la nación, y esto es lo más grave. Flaquean los cuatro fundamentos que él considera básicos para el Estado. «No faltó la pureza de la Religión, gracias al Altísimo, pero se relajaron tanto las costumbres que se connaturalizaron los vicios. Trascendióse aquel sagrado secreto, polo del Estado, y, siendo espías atentas de nuestro gabinete las naciones, se corrompió la fe de los Ministros, de suerte que aun antes de digerirse, franqueaban las resoluciones. Entibióse el ardor militar, de modo que, desestimado su noble empleo, casi se olvidó el uso, y se ignoró mucho tiem-

po el de las nuevas inventadas armas. ¿Pues, qué diré del gobierno económico y Real Patrimonio, estando éste más que nunca aumentado, al paso que más que nunca disminuído, y aquél tan adulterado que pueden parecer injustas las más racionales leyes del orbe?»

¡Qué penetrante interpretación histórica la de este anónimo escritor de 1714 al plantearse la causa de la lucha que el Mundo ha sostenido contra España! Toda Europa —la Europa moderna— odia a España, tiene una «innata adversión» a España. ¿Por qué? «Digno de extrañarse —continúa con gran sagacidad— al paso que vemos logra cualquier español con su obrar siempre estimaciones entre los más bárbaros.» ¿Por qué, pues, si los españoles individualmente se hacen acreedores, en todo momento, entre los extranjeros, a las mayores simpatías, han de concitar el odio general al actuar colectivamente como nación? No puede ser porque la ambición ajena codicie nuestras riquezas, cuando las hemos perdido, ni por un ánimo de venganza contra nuestros pasados esplendores, puesto que ya han podido saciarlo en las humillaciones que repetidamente hemos soportado. Sólo hay una explicación: no se trata de una lucha entre intereses materiales, sino una guerra de los espíritus. Es el espíritu de España el que combaten. Se han declarado enemigos del alma de España. «Siempre ha existido (España) constante en la Religión, constante en la adversidad y en la dicha, y constante en sus leyes, alianzas y juramentos. Mírese la magnanimidad de su espíritu... Y de su piedad hablen todos... Las demás accidentales fortunas se alternan, ya en unas, ya en otras naciones, según la hermosa variedad de la Historia en todas las Edades lo califica, pero en los dotes preciosos no se duda haber resplandecido España con exceso. Luego éstos son el blanco de la envidia de todos, ésta la luz que anhelan eclipsar... Por ello han atropellado respetos de la ley, vínculos del juramento, atenciones de la sangre y lazos de la amistad. Hanse unido a veces por conseguirlo naciones entre sí opuestísimas, como haya sido para nuestro daño; porque éste pesa más en su ánimo que el deseo de satisfacerse en sus enemistades.» Pero el espíritu tradicional de España merece una calurosa defensa, que el anónimo literato hace en unas breves y enérgicas líneas: «A nuestra devoción dan nombre de ignorancia; a nuestra fe, de barbaridad; a nuestro aliento, de desesperación; de soberbia, a nuestra gallardía; de pereza, a nuestro sosiego; de adustez, a nuestra seriedad.»

Es este escrito, por lo que llevamos dicho, una pieza notable. Más notable aún si recordamos el momento en que se produce, en medio del «bache» intelectual de España. He querido comentar en estas líneas los

puntos más destacables del panfleto. Pero merece leerse por entero y, por ello, me animo a darlo íntegro a la publicidad.

Dice así el texto completo, modernizada la puntuación y la ortografía:

RESPUESTA DE UN AMIGO A OTRO QUE LE PREGUNTA POR EL FIN
QUE VENDRÁN A TENER NUESTROS MALES EN ESPAÑA. AÑO DE 1714

(Biblioteca Nacional, Manuscritos, núm. 10.818/7)

«Confieso, amigo, que la prudencia es anteojo de larga vista para el discurso por donde —graduando experiencias y tiempos— mira futuridades espaciosas de los siglos. Y así, atalayar distancias por pequeños resquicios es primor de los ojos, como esmero del arte el antever venideras ruinas de un edificio, notando las serradas líneas de sus cimientos. Pero registrar la campaña desde lo eminente y anunciar precisas ruinas de un alcázar al verse desplomar sus principales ángulos, no es perspicacia de la vista, ni del saber destreza; porque cuanto cae debajo del poder de los sentidos sólo merece vulgares alabanzas. Y lo que sí debe granjear ponderaciones es aquello cuya patria tiene en el conocimiento. Ejemplo sería de esta evidencia si a la pueril infancia de Alejandro se le predijese el imperio del orbe; o si a las míseras zanjás de Venecia, su presente opulencia. En lo cual, sin duda, lograría el anuncio admiraciones; como visible aprecio el presagiar su infausto fin a la brutalidad de Heliogábalo, y su inmensa grandeza a Roma, después que destruyó a Cartago. Pues lo primero era singularísimo prodigio, y lo segundo forzosa consecuencia.

»Estas universales prácticas, amigo, pudieran ser respuesta de tu carta, en que sin considerar alturas del asunto, sin experiencias y corto caudal mío, me mandas haga —según el actual sistema de nuestra España— algún político vaticinio de los sucesos. Pero no quiero valerme de ella, por tener una sólida razón que alegar, disculpando mi obediencia. Siendo ésta la infalible de que en las dolencias de los cetros sólo el Autor Divino es diestro físico, quien, pulsando providente, aun para su curación permite a veces se alargue la misma enfermedad. Y así, católicamente hablando, debo decirte: no alcanzo esté en otras manos que en las de Dios únicamente nuestro remedio, pues la crisis fatal no ofrece otra esperanza que la que nuestra fe tiene ya vinculada en su clemencia.

»En este sentimiento, pues, firme, para que tú mismo lo califiques de acertado —a costa de mortificar tu leal corazón— me has de permitir re-

verdezca las trágicas heridas de nuestra Patria con la memoria de sus desdichas; y que en el espejo de las reflexiones te haga presente sus acerbos males, para que, desapasionado el juicio, rastrees si en lo humano hay algunos preludios de mejor fortuna. Pero esto ha de ser sin elevarme un dedo sobre la esfera de mi ignorancia, ni menos profundarle en materias que no sean notoriamente públicas; como ni tampoco tocando levemente la soberana sombra del Monarca, en quien y para con quien debe vivir constante siempre el amor y obediencia por los incontestables derechos del llamamiento, posesión, prendas que ostenta y latir rectamente en sus venas la regia sangre del gran Felipe Cuarto. Opinión que he tenido por la más segura, como disparate lo contrario, pues semejantes lites, aun después de los fuertes alegatos de la espada, los decide en Justicia la Divina, por quienes los Reyes reinan.

»Cuatro son los baluartes en que vinculan su duración los imperios: Religión, Estado, Milicia y Gobierno, de los cuales, como de elementos admirables se forma el monárquico cuerpo, atemperándolos con tal coordinación que, contenido cada uno en su término, no deje descuadernarse el otro, pues la decadencia en alguno es premisa cierta de la ruina de todos.

»Llegó nuestra España a la cumbre de su robusticidad en el reinado de Felipe Segundo, cuando temidas de toda Europa, Africa y Asia sus armas, extendía gloriosamente su Religión y, envidiadas de tantos sus riquezas, como su gobierno, quedó al feliz del Tercero Felipe que fuese paréntesis político o calma en el mundano golfo de su dichosa quietud. O hablando mejor, vísperas fatales del borrascoso siglo de Felipe Cuarto, donde se vieron concitar contra España casi todas las naciones de Europa, para saciar aquel envejecido odio que las ocasionaron nuestras empresas. Frustróseles entonces el fin, no la esperanza, pues ésta la han conservado astutos hasta nuestros tiempos. Pasando en ellos ya a posesión lastimosa, y rebosando el vaso de nuestras abominaciones, nos vemos hoy ludibrio de quienes fuimos espanto.

»Muchas gallardas plumas han fatigado las prensas, evidenciando la raíz de tantos males: pues unas asientan serlo la unión del Austria y con ella la de los Países Bajos, sepulcro de españoles y ruina de sus tesoros; pero no es sino una parte y sus efectos hubieran sido menos sensibles cediéndose aquellos dominios con reserva de su soberanía, para valerse de ella y de su militar escuela cuando la máxima de la diversión lo pidiese. Otras prueban serlo las americanas conquistas, que nos extrajeron los hijos y nos enervaron los brazos al fomento de sus riquezas y al halago del ocio; pero tampoco es más que otra parte, que hubiera obrado lenta pres

cribiéndose justas limitaciones y prácticas rigurosas de leyes para conservar la multitud de indios y conservar nuestros naturales. Otras casi identifican nos desquició absolutamente la expulsión de moriscos, faltándonos en ellos cultura a los campos, impulso a las armas y vecinos al Reino; pero asimismo la considero sola otra parte, que se pudo desvanecer con las providencias del reemplazo en tantos dominios como la Corona poseía fecundos de gentes.

»Pues si éstas, ni otras menores que citan, no parece han sido causas eficientes del mal que lloramos, ¿cuál lo será? Eslo, sin duda, el que flaquearon las cuatro bases insensiblemente de la Monarquía. Atiende a la evidencia. No faltó la pureza de la Religión, gracias al Altísimo, pero se relajaron tanto las costumbres que se connaturalizaron los vicios. Trascendióse aquel sagrado secreto, polo del Estado, y, siendo espías atentas de nuestro gabinete las naciones, se corrompió la fe de los Ministros, de suerte que, aun antes de digerirse, franqueaban las resoluciones. Entibióse el ardor militar, de modo que, desestimado su noble empleo, casi se olvidó el uso, y se ignoró mucho tiempo el de las nuevas inventadas armas. ¿Pues, qué diré del gobierno económico y Real Patrimonio, estando éste más que nunca aumentado, al paso que más que nunca disminuído, y aquél tan adulterado que pueden parecer injustas las más racionales leyes del orbe?

»De estos fatales desórdenes fueron lastimosos efectos los levantamientos, la despoblación, la falta de comercio y cultura, y finalmente la universal miseria de España. Pero no debe llamarse rico el Reino que abunda algunos poderosos particulares, sino aquél donde la generalidad de la labor y el tráfico ignoran la necesidad; porque al todo de la república aprovecha el continuo tributo y la estragan los que alientan la vanidad. Verdad que prácticamente tocamos con harto sentimiento al ver elevadas más casas en un siglo que antes en mucho erigió la espada.

»Mucho más tiempo durara disimulada nuestra dolencia, a no existir otra eficacísima causa de ella, que fomentando las antecedentes, a veces con ligero artificioso impulso y a veces con horroroso estrago, ha conseguido últimamente su dañado intento, convidando para el de nuestra ruina muchas tartáreas máximas. Y para desatarte las dudas quiero que de una vez se aborte por la pluma el pensamiento.

»Es pues, primera causa de nuestro llanto aquella innata adversión, heredada antipatía o mortal ojeriza con que siempre han mirado a España todos los extranjeros. Digno de extrañarse al paso que vemos logra cualquier español con su obrar siempre estimaciones entre los más bárbaros; cuando nuestra grandeza creció en los justos derechos de las armas contra

infiel y en las adherencias de los parentescos por matrimonios; y cuando nuestro gobierno ha sido tan racional como lo califica la posesión de tantos Reinos, diferentes en lenguas, trajes, leyes y costumbres, y ésta no ya de años, sino de siglos.

»Asegúrote, amigo, me he desvelado buscándoles razón a su aborrecimiento, tan arraigado en los anales de la Historia, que se pierde de vista su observancia; pues tirios, sidonios, fenices y griegos nos robaron, sin más título que nuestra sinceridad y sus engaños. Cartagineses y romanos hicieron de nuestro campo palestra de sus emulaciones, y en ellos, a costa de la española sangre, cantaron sus victorias, y los últimos sus celebrados triunfos, conseguidos más al esfuerzo de nuestros brazos que al primor de sus esfuerzos, pues engrosando para los riesgos con nuestros naturales sus vencedoras legiones, se granjearon los aplausos, haciendo la costa nosotros a los trofeos. Vinieron vándalos, suevos y otros, de quienes sólo quedaron en la memoria las crueldades. Y únicamente los godos, domesticada su fiereza, se congeniaron con los españoles. A unos y a otros consumió la bárbara avenida de sarracenos, a quienes permitió la Europa que devastasen en tres años lo que mal se pudo recobrar en siete siglos, haciendo al parecer diversión suya el vernos lidiar solos contra la multitud pagana, puesto que sólo sacaron la espada cuando les picaron sus recintos. Y abandonaron todos nuestra orfandad, para que, por sí sola, desde la ilustre pira de Asturias se renaciese, se robusteciese y se ennobleciese. Creció al fin tan majestuosamente grande que, extendiendo como la palma las victoriosas ramas por todos los ámbitos del orbe, no hubo región donde no llegase el esplendor de sus hechos. Ciñó al Africa con presidios, asombró al Asia en el Oriente con sus hazañas, radicóse en América con sus portentosas conquistas, y puso terror pánico en la Europa con sus escuadras; pues en ella, limpiando primero su recinto de agarenas escorias, triunfó repetidas veces en la hermosa Italia y avasalló sus más floridos reinos, domó el Mediterráneo en sus islas todas, sujetó¹ ya por herencia o por conquista los flamencos países, allanó la Alemania a su cesáreo dueño, y varias veces invadió las Galias.

»No hallará la atención en la Historia el que alguna nación nos socorriese en el mayor conflicto, sino movida de su exaltación o nuestra ruina, siguiéndose de esta infalible práctica las sollevaciones de Nápoles y Mesina, Holanda y Cataluña, y en la de Portugal verse arrancado del bello anillo de nuestra Península el más precioso diamante. Y aunque me

¹ En el texto dice *supongo*, por evidente error de copia.

acuerdo de los sacros dados a D. Enrique y los que en multitud de voluntarios concurrieron a la acción de las Navas de Tolosa, tengo también presente que los primeros fueron para, con estrago del Reino, quitar el suyo legítimo y la vida al justiciero D. Pedro, y los segundos de que ante visto el peligro, huyéndole, nos dejasen la gloria de superarle solos.

»Animoso de averiguar la causa de la oposición, ha fatigado la fantasía el oculto principio y no sé si ha descubierto el misterio; porque seguir lo general de que sea ambición de nuestras riquezas o esfuerzos de su venganza no enteramente me satisface, pues aquéllas siempre las han tenido presentes, facilitándose las nosotros mismos, y ésta podría ya estar templada al golpeo insensible de los años, y en ellos al de nuestra continuada desgracia. Pues busquémosle, si es posible, más nuevo profundo origen.

»Con dos clases de bienes hace dichosos la Providencia a los mortales: unos que ennoblecen el alma y otros que lisonjean temporalmente lo corpóreo. Sobre los primeros, nunca ha adquirido jurisdicción Fortuna o Tiempo, y, sobre los segundos, solamente han logrado constituir pragmáticas instables. Aquéllos, como son Constancia, Generosidad y Clemencia, se deben considerar rasgos de la increada Luz que apuesta duración a las Eternidades, siendo por esto interminable su existencia, y felicísima la Nación a quien, en general, el Autor Supremo las comunica. Pero los segundos, Gallardía, Cultura y Riqueza, como oriundos de lo terreno, están sujetos a terrenas mudanzas.

»Pues repara con atención el discurso y desapasionadamente la observancia, cuál generación entre las del orbe han florecido tanto como la española en todas las edades con las prendas del ánimo. Siempre ha existido constante en la Religión, constante en la adversidad y en la dicha y constante en sus leyes, alianzas y juramentos. Mírese la magnanimidad de su espíritu, con que, ambiciosa sólo de gloria, ha conquistado a tanto y dado tanto de mano. Y de su piedad hablen todos y, por todos, la Iglesia, nuestra Madre. Las demás accidentales fortunas se alternan, ya en unas ya en otras naciones, según la hermosa variedad de la Historia en todas las edades lo califica, pero en los dotes preciosos no se duda haber resplandecido España con exceso. Luego éstos son el blanco de la envidia de todos, ésta la luz que desean eclipsar, éstos los rayos que pretenden oscurecer, éste el coloso que solicitan derribar y, en fin, éstos los blasones que han deseado consumir. Por ello han atropellado respetos de la ley, vínculos del juramento, atenciones de la sangre y lazos de la amistad. Hanse unido a veces por conseguirlo naciones entre sí opuestísimas como haya

sido para nuestro daño; porque éste pesa más en su aprecio que el deseo de satisfacerse en sus enemistades, en que no quiero traer pruebas antiguas más que los ejemplares de nuestros tiempos, donde, siendo aliados nuestros, han malogrado con su astuta pereza las ocasiones de gloriosas empresas. Pero cuando se han unido contrarios, todos con un espíritu mismo, han aventurado el todo de sus fuerzas a los dudosos lances de las batallas. A nuestra devoción dan nombre de ignorancia; a nuestra fe, de barbaridad; de soberbia, a nuestra gallardía; de pereza, a nuestro sosiego; de adustez, a nuestra seriedad, y, finalmente, voccean que, ambiciosos de dominar, aún nos parece poco vasallaje el ámbito espacioso del orbe.

»No niego ser ciertísima la sed insaciable que los posee de nuestros preciosos metales y singulares frutos, como ni tampoco el que es verdad los tenemos heridos bastante; pero ya de lo primero y darse por satisfechos de lo segundo, pues, gracias a nuestros tiempos, nos vemos pobres y castigados. Luego, vuelvo a decir, el heredado norte de sus deseos nos tiene puestos en tal desgracia. Y que siguiéndole siempre astutos y hallándonos invencibles, los siglos pasados nos dejaron adormecer políticamente y enervar a los halagos del ocio y al hechizo de la opulencia. Singularmente, en el reinado del Segundo Carlos, donde poseídos del cauteloso beleño, al despertar con el golpe de su muerte, como cetro Sansón, se halló España hecha lastimoso sacrificio en las aras de sus venganzas.

»Evidencia, pues, ser la emulación extranjera causa primera de nuestros males, y a que como secundaria siguió la de nuestro relajamiento. Como también el que de ambas han procedido los mortales efectos, que eslabonados tejieron la infeliz cadena donde gemimos ya desdichados, no arrepentidos. Pues nuestras culpas nos sometieron al tiránico poder de nuestros adversarios; sólo resta que contemplemos el miserable presente estado de nuestras cosas, para indagar si, amainadas las causas, podrán esperarse templados los efectos.

»Eclipsónos la Parca el sol de Carlos y amaneciéronos la Providencia el flamante de Felipe, a quien reconoció toda la Europa, excepto el Austria, por supremo monarca de España. Pero a breve tiempo la negaron la soberanía de su justicia a la influencia austríaca y con el aparente pretexto del balanceo y en el de la seguridad de sus intereses, como si en muchos años de paz pudieran desquitar los inmensos tesoros consumidos en el empeño, seguido de modo que, con rencor horroroso, en diez años de guerra han verificado la realidad de mi pensamiento, pues habiendo quedado tan ventajosos aún no se confiesan bien satisfechos. Y es la razón

que aún quedan españoles, si bien reducidos a casi su antiguo ilustre límite, perdidos ya los Países Bajos, perdida toda la Italia, perdidas del Mediterráneo todas las islas, parte de Cataluña y Gibraltar, enajenada Sicilia, el mar sin naves, las Indias sin comercio nuestro y nuestras costas, como las suyas, sin defensa. Borróse aquel noble pundonor de la española infantería, porque faltó en ella el renglón principal de la nobleza, y esta falta en nuestra milicia es el todo, pues a seguir su línea siempre impele honra o desesperación, y la última con el tiempo se entibia y la primera con los ilustres lados se esfuerza.

»No falta, no, la integridad de la Religión, aunque notablemente, en general, desazonan las romanas desavenencias, y no poco inquieta la intentada novedad de doctrinas, debiendo creerse cele vigilante el Tribunal Santo en este asunto y en espiar la multitud de sierpes heréticas que disimuladas comercian con nosotros. Padecemos una absoluta enajenación y olvido de nuestras reglas de Estado, gobernándose sus materias por el ajeno, con que precisamente será el único blanco el útil suyo, sin reparar en el daño nuestro, pues mal puede mantenerse un cetro donde está público para el ajeno lo que aún es delito se propale el más propio.

»Trastornado el gobierno económico, sólo ofrece confusión al discuso, y en el todo y sus partes, con tal insubsistencia en los decretos que aun antes se derogan que se establecen. Y lo más doloroso es el aumento de extraños tributos, el estrago en las costumbres, las vanas introducciones, junto con estar las llaves del Reino y sus bastones en forasteras manos, infiriéndose de estos despeños la precisa desatendida consecuencia de hallarse por ellos la Nobleza oprimida y despreciada, la medianía desatendida y el común irritado.

»Pues si nuestros errores pasados, unidos a la enemiga extranjera, nos acarrearán tantos infertunios, ¿qué mucho duren los efectos, estando y existiendo hoy más que nunca vigorosas las causas? El mismo mar tempestuoso surcamos; luego, ¿daremos en los mismos escollos? Las mismas ceguedades nos guían; luego, ¿debemos temer los mismos despeños? Ya los tocamos con dolor, pues en el patrio español suelo vemos están sus mismos hijos —con no visto rencor— haciéndose pedazos; el vecino enemigo, a la sombra de la cautelosa tregua, armado y atrevido; los más distantes, esforzándose a proseguir la lid, y el principal rival discurriendo en continuar el duelo, y, en fin, todo el Reino poseído de una irresoluta impaciencia, que tiene visos de servidumbre y es solamente una leal desesperación.

»En medio de tantos males, amigo, de tantos mortales accidentes en

que la humana prudencia no encuentra otra cosa que desahuciados aforismos, así como el afligido caminante en la lóbrega tempestuosa noche descubre lejana llama que le sirve de norte, o el náufrago mariner, zozobrando en las ondas, encuentra fragmentos de la destrozada nave en que puede esperar el arribo al distante puerto, yo, para nuestro alivio, apelo confiado —y de no sé qué secreta inspiración movido— a la vida de aquel primer destello de la flor saboyana, que ya en pensil libre de sombras espero goce la libertad que aún no puede adquirirla su misma grandeza. Aquél, pues, ha de ser el Moisés del pueblo de Dios, el Zorobabel de su Templo, el segundo Pelayo de España y el sin segundo Luis. El recobrará la perdida honra nuestra, colocándonos en el antiguo trono de la fama, guiándonos valeroso por la carrera de los triunfos. Y aunque no ignoro que las dolencias en los Cuerpos Monárquicos no corresponden en su duración a las de los humanos, porque en éstos suelen ser años lo que en los otros siglos, sin embargo, todo lo avanza el tiempo, y grandes empresas necesitan generosos principios.

»Perdona, amigo, la digresión prolija y el desperdicio que leyéndola has practicado, pues considero es, para carta, larga; para noticia, corta, y para discurso, nada. Súplalo el tuyo todo.»

VICENTE PALACIO ATARD